

CAPILLA ALFONSO I NA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. U.

EL CHIQUITIN

EL CHIQUITIN

Lemonnier había quedado viudo con un hijo. Amó locamente á su mujer, con amor exaltado y tierno, durante sus años de vida común. Era un buen hombre, un buenazo, sencillo, sin desconfianza y sin malicia.

Se enamoró de una vecina pobre, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Tenía un comercio de pañería, que le producía buenas ganancias; pero pensó que la chica le quería por sí mismo.

Le hizo feliz; porque él no pensaba más que en ella; sólo á ella veía, y la miraba con ojos de adorador ferviente. Durante las comidas comecía mil torpezas para no apartar la mirada del rostro querido. Vertía vino en el plato y agua en el salero, y luego se echaba á reír como un niño, diciendo:

—Te quiero demasiado, chica; cometo mil torpezas.

Ella sonreía con expresión resignada y luego desviaba la mirada, como aburrída de tanta adoración, y procuraba hablar de cualquier cosa; pero él le cogía la mano y la guardaba entre las suyas, murmurando:

—¡Querida Juanita, Juanilla mía!

Ella acababa por impacientarse, y decía:

—¡Ea, sé razonable! Come, y déjame comer.

El lanzaba un suspiro y comía lentamente dos ó bocados.

Durante cinco años no tuvieron hijos. Luego, de pronto, quedó preñada. Fué una dicha delirante. No la abandonó un momento durante la preñez; de modo que la criada, una antigua criada que le tuvo en brazos cuando niño y que tenía cierta autoridad en la casa, á veces le echaba á la calle y cerraba la puerta para obligarle á pasear.

Tenía íntima amistad con un joven que conocía á su esposa desde la niñez y que era subjefe de negociado en Gobernación. El señor Duretour comía tres veces á la semana en casa de Lemonnier, traía flores á la señora, y, á veces, un palco para el teatro. A menudo, á los postres, Lemonnier se volvía hacia su señora, y exclamaba enternecido:

—Con una compañera como tú y un amigo como él, se es feliz por completo en este mundo.

Juana murió de sobreparto. Por poco se muere su marido; pero el niño le dió valor para continuar viviendo.

Le quiso con amor apasionado y doloroso, con amor enfermizo, donde palpitaba el recuerdo de la muerta y quedaba algo de su adoración por la difunta. El niño, era carne de su mujer, su sér mismo; algo así como una quinta esencia de ella. Aquel niño era su vida misma que renacía en otro cuerpo; ella había desaparecido para que el chiquitín existiese. Y el padre le besaba con furor. Pero el niño la había matado, había robado aquella existencia adorada; había absorbido todo su fluido vital para entrar á su vez en el mundo.

El pobre hombre se sentaba cerca de la cuna del niño, y le contemplaba horas y horas, pensando en mil cosas tristes y consoladoras á un tiempo. Luego, cuando el pequeñín dormía, se inclinaba hacia él y lloraba silenciosamente.



Creció el niño. Su padre no podía pasar una hora separado de él; rondaba en torno suyo, le paseaba, le vestía, le daba de comer. Su amigo Duretour parecía querer también al niño y le besaba á veces con esos arranques de ternura que sólo tienen los padres. Le hacía saltar sobre sus rodillas y de pronto, derribándole hacia atrás, le daba azotitos en las nalgas regordetas, y pellizcos en los muslos, lo cual provocaba furiosas protestas por parte del niño. El buen Lemonnier, encantado, decía:

—¡Qué lindo es! ¡Qué lindo!

El señor Duretour estrechaba al niño entre sus brazos, haciéndole cosquillas con el bigote en la cara.

Únicamente Celeste, la vieja criada, no parecía

sentir la menor ternura por el niño. Le enfadaban sus diabluras y parecían exasperarle los mimos de los dos hombres. A veces exclamaba:

—¡Vaya un modo de educar á un muchachol
¡Buen camastrón va á ser!

Pasaron años. Juan cumplió nueve. Apenas sabía leer, pues hacía sólo su santa voluntad. A lo mejor se enfadaba de un modo descompuesto. Su padre cedía siempre. El señor Duretour compraba y traía juguetes nuevos y el chico sólo se mantenía de dulces.

Celeste gritaba entonces:

—Es una vergüenza, señor, es una vergüenza. Causará usted la desgracia de este niño ¿oye usted? Esto tiene que terminar; sí, señor; tal como suena; y antes de poco.

Lemonnier respondía sonriendo:

—¡Qué quieres, mujer! Le quiero demasiado; no sé oponerme á sus deseos; haz como yo.

Lemonnier repetía temblando de pies á cabeza:

—¡Fuera...! ¡vete, vete estúpida!

Entonces ella enloquecida le miró fijamente y le dijo con ronco acento:

—¡Ah!... ¿cree usted... cree usted que va usted á tratarme de esta manera, á mí, á mí...? ¡Ah! ¡No...! ¿Y por quién? Por ese chiquillo que no es siquiera su hijo... No... no es de usted... ¡no, no! ¡No es de usted! ¡No es de usted!... Todos lo saben, todos, menos usted... Pregúnteselo al droguero, al panadero, al carnicero, á todos, á todos...

Tartamudeaba colérica; luego se calló y quedó mirándole.

El había quedado inmóvil, pálido, con los brazos colgando. Al cabo de unos momentos, balbuceó con voz extinta, temblorosa, en la que se notaba una emoción formidable:

—¿Qué dices...? ¿Qué dices...? ¿Qué es lo que dices...?

La mujer calló, asustada por la expresión de su cara. Lemonnier dió un paso y repitió:

—¿Qué dices...? ¿Qué es lo que dices?

Entonces ella contestó con acento tranquilo:

—¡Pardiez! digo lo que sé, lo que todo el mundo sabe.

Lemonnier levantó las manos y lanzándose hacia ella, con impulso violento, trató de derribarla. Pero la criada era fuerte y ágil á pesar de sus años. Se escurrió de entre sus brazos y, corriendo en torno de la mesa, enfurecida otra vez, vociferaba:

—Mírele, mírele ¡tonto! Vea si no es el retrato del señor Duretour; mírele la nariz, los ojos, el pelo. ¿Los tiene usted así? ¿Los tenía así ella? Digo lo que todo el mundo sabe; todos menos usted. Es usted la befa de la ciudad... ¡Mírele...!

Pasaba en aquel instante por delante de la puerta; la abrió y desapareció.

Juan, asustado, permanecía inmóvil, ante el plato de sopa.

Al cabo de una hora volvió despacito para ver. El niño después de comer los dulces y las compotas, se comía la confitura que había en un gran tarro.

El padre no estaba allí.

Celeste tomó el niño, lo besó, y con paso silencioso lo llevó á su cuarto y lo acostó. Volvió al comedor, quitó la mesa y arregló la habitación, muy inquieta.

No se oía ningún ruido en la casa, ninguno. Fué á escuchar á la puerta de su amo. No se oía ningún rumor dentro del cuarto. Miró por el ojo de la llave. Lemonnier escribía muy tranquilo.

Entonces volvió á la cocina, dispuesta á evitar si era posible lo que pudiese ocurrir.

Se durmió en una silla, y no se despertó hasta que ya era de día. Arregló la casa como de costumbre; barrió, quitó el polvo y, á las ocho, preparó el café para el señor Lemonnier.

Pero no se atrevía á llevárselo á su amo temiendo ser mal recibida; y esperaba que llamase.

Nó llamó. Las nueve, las diez; nada.

Celeste, asustada, preparó la bandeja y fué hacia la habitación de su amo. Se detuvo ante la puerta, escuchó. Nada se oía. Llamó; no contestaron. Entonces, reuniendo todo su valor, abrió, entró, y luego, lanzando un alarido terrible, dejó caer el almuerzo.

El señor Lemonnier estaba ahorcado en el centro de la habitación. La lengua le salía horrorosamente. El zapato derecho había caído al suelo, el izquierdo lo conservaba en el pie. Una silla tirada, había rodado hasta la cama.

Celeste, despavorida, huyó chillando. Acudieron todos los vecinos. Un médico declaró que la muerte debió ocurrir á media noche.

Una carta, dirigida al señor Duretour, estaba sobre la mesa del suicida. Sólo contenía estas palabras:

«Le dejo y le confío el niño.»

CAPILLA ALFONSO NA

BIENHECHERA UNIVERSITARIA

U. S. N. Y.

ADIOS

ADIÓS

Los dos amigos acababan de comer. Desde la ventana del café se veía el bulevar lleno de gente. Sentían pasar aquellos soplos tibios que corren por las calles de París durante las noches de verano y hacen levantar la cabeza á los transeuntes y les dan ganas de partir lejos, á cualquier parte, al campo, y les hacen soñar en ríos iluminados por la luna, en gusanos de luz y en ruiseñores.

Uno de ellos, Enrique Simón, dijo, suspirando profundamente:

—Envejezco. Es triste. En otro tiempo, en noches como estas, parecía tener el diablo en el cuerpo. ¡Cuán aprisa va la vida!

Era bastante grueso, tendría unos cuarenta y cinco años, y una calva respetable.

El otro, Pedro Carnier, que tenía un par de años más, pero estaba más delgado y vivaracho, replicó:

—Yo, chico, he envejecido sin notarlo siquiera. Me sentía siempre alegre, vigoroso y muy hombre. Como uno se mira cada día en el espejo, no advierte el trabajo de la edad; pues es muy lento y regular; y modifica tan despacio el rostro, que las transiciones son insensibles. He aquí por qué no nos morimos todos de pesar, después de dos ó tres años de envejecer. Para apreciar los destrozos que causa el tiempo, sería preciso estar seis meses sin mirarse al espejo. ¡Qué desilusión entonces!

No puedes figurarte lo que compadezco á las mujeres. Toda su dicha, todo su poder, toda su vida, dependen de la belleza, que les dura únicamente diez años.

Decía, pues, que he envejecido sin advertirlo, y me creía un adolescente todavía cuando ya estaba cerca de los cincuenta. No padeciendo ningún achaque, vivía dichoso y tranquilo.

La revelación de mi decadencia ocurrió de un modo sencillo y terrible que me aterró durante seis meses... después me lo tomé con calma.

Me he enamorado muchas veces como todos los hombres; pero singularmente en una ocasión.

La conocí á orillas del mar, en Etretat, hará unos doce años, pocos después de la guerra. No hay nada tan bonito como esa playa por la mañana á la hora del baño. Es pequeña, en forma de herradura, encuadrada por aquellos altos acantilados blancos, hendidos por aquellos agujeros extraños que se llaman las Puertas, uno, enorme, que alarga, mar adentro, su pierna de gigante, y el otro enfrente acurrucado y redondo. Las mujeres se amontonan en la estrecha lengua de guijarros, que cubren como de un jardín deslumbrador de vestidos claros y colores vivos. El sol cae á plomo sobre la costa y sobre las sombrillas de todos colores y matices y sobre el mar de un azul verdoso; y todo es encantador, alegre y sonríe á los ojos. Se sienta uno junto al agua y mira á las bañistas. Acuden envueltas en un peinador de franela, que se quitan con gracioso movimiento al llegar junto á la franja de espuma de las olas, y entran en el mar con paso menudo y rápido, que detiene á veces un estremecimiento delicioso; una especie de corta sofocación.

Muy pocas resisten la prueba del baño; allí es donde se las juzga desde las pantorrillas al pecho. A la salida, sobre todo, es cuando se ve las carnes flácidas, por más que el agua del mar les preste cierta dureza.

La primera vez que vi así á aquella mujer, quedé encantado y seducido. Su figura era admirable, y luego tenía una de esas caras cuyo encanto penetra en nosotros al primer golpe de vista. Diríase que se encuentra á la mujer que nos estaba destinada y sentí la sensación y la sacudida que en tal momento se experimentan.

Hice que me presentaran y me enamoré como nunca. Se apoderó de mi corazón. Es una cosa tremenda y deliciosa á un tiempo, sentir la dominación de una mujer. Casi es un suplicio y al propio tiempo una dicha increíble. Su mirada, su sonrisa, los ricillos de su nuca cuando la brisa los movía, los menores trazos de su semblante, los más pequeños movimientos de sus facciones, me encantaban, me trastornaban, me enloquecían. Me dominó por completo por sus gestos, por sus ademanes, hasta por las prendas que vestía, las cuales colocadas sobre su cuerpo parecían recibir nueva belleza de él. Me enternecía viendo su velillo sobre un mueble, sus guantes tirados en un sillón. Sus vestidos me parecían inimitables. Nadie llevaba sombreros como los suyos.

Estaba casada, pero su esposo acudía sólo el sábado para marcharse el lunes. Me era indiferente;

no sentía celos de él, no sé por qué; ningún sér me pareció tener menos importancia y fijó menos mi atención que aquel hombre.

¡Cómo la amaba á ella! ¡Cuán bella y graciosa y joven! Era la juventud, la elegancia y la frescura misma. Nunca como entonces comprendí que la mujer era un sér lindo, fino, delicado, distinguido, formado de encanto y de gracia. Nunca comprendí, como en aquella ocasión, la hermosura seductora de la curva de una mejilla, del movimiento de un labio, de los pliegues de una orejita sonrosada, de la forma de ese estúpido apéndice que se llama la nariz.

Esto duró tres meses y luego partí para América con el corazón destrozado. Pero su recuerdo perduró en mí vivaz y triunfante. Me poseía desde lejos, como me había poseído de cerca. No la olvidaba. Su imagen encantadora, surgía ante mis ojos y estaba grabada en mi corazón. Y mi ternura le era fiel, una ternura tranquila; algo así como el recuerdo querido de lo más bello y más seductor con que topé en mi vida.

*
*
*

¡Doce años son tan poca cosa en la vida de un hombre! No hay quien los sienta transcurrir, pasan uno tras otro, suavemente y aprisa, lentos y apresurados, largos y cortos á la vez. Se suman con tanta prisa, dejan tan poca huella, se desvanecen tan completamente, que al pensar en el tiempo transcurrido, casi no se ve nada y no se comprende cómo uno se ha hecho viejo.

Me parecía en verdad que apenas me separaban algunos meses de la temporada encantadora que pasé en Etretat.

Durante la última primavera fuí á comer en casa de unos amigos en Maisons-Laffitte.

En el momento de arrancar el tren, una señora gruesa, acompañada de cuatro chiquitinas entró en mi departamento.

Apenas eché una ojeada á aquella clueca, gorda, rechoncha, con una cara de luna llena, encuadrada por un sombrero lleno de cintajos.

Respiraba fatigosamente, por haber andado deprisa. Los niños empezaron á charlotear. Abrí el periódico y me puse á leer.

Acabábamos de salir de Asnières, cuando mi vecina me dijo de pronto:

—Dispense usted caballero: ¿No es usted el señor Carnier?

—Sí, señora:

Entonces ella se echó á reir, con una risa alegre, de buena mujer, en la que, sin embargo, se notaba como un dejo de amargura.

—¿No me reconoce usted?

Vacilé. Efectivamente creí haber visto aquel rostro en alguna parte; pero ¿dónde? ¿cuándo? Contesté:

—Sí... y no... Sí que la conozco; pero no recuerdo su nombre.

Se ruborizó ligeramente y dijo:

—Me llamo Julia Lefevre.

Jamás recibí un golpe parecido. Me pareció durante un instante que todo había acabado para mí. Comprendí que un velo se había desgarrado ante

mis ojos y que iba á descubrir cosas horrosas y amargas.

¡Era ella! ¿Era aquella mujer gorda y vulgar? Sí, y había tenido aquellas cuatro hijas desde que yo no la viera. Y aquellas criaturitas me asombraban tanto como su madre misma. Salían de ella; eran ya crecidas y tenían un puesto en la vida. Ella, en tanto, aquella maravilla de gracia y belleza estaba ya aniquilada para el amor. Me parecía que la había visto el día antes y se me aparecía ¡así! ¿Era posible? Dolor violento me oprimió el corazón, y sentí una rebelión contra la naturaleza; una indignación instintiva contra aquella obra de brutal é infame destrucción.

La miraba asombrado; luego le tomé la mano y se me llenaron los ojos de lágrimas. Lloraba su juventud, lloraba su muerte. A aquella señora gorda y con cuatro hijas no la conocía yo.

Ella, conmovida también, balbuceó:

—He cambiado ¿verdad? ¡Qué quiere usted! Todo pasa. Ya ve usted; ahora soy una madre, nada más que una madre, una buena madre. Adiós lo demás; se acabó. ¡Oh! Ya pensaba que no me reconocería usted si alguna vez volvíamos á encontrarnos. Usted también ha cambiado; he tenido que

mirarle con detención para estar segura de que no me engañaba. Está usted canoso. Claro está. Hace ya ¡doce años! ¡doce años! Mi hija mayor tiene ya diez.

Miré á la niña. Encontré en ella algo del encanto antiguo de su madre, algo indeciso aún, poco preciso; algo que sólo en lo futuro tomaría forma. Y la vida me pareció rápida como un tren que pasa.

Llegábamos á Maisons-Laffitte. Besé la mano de mi vieja amiga. No supe decirle más que cuatro vulgaridades. Estaba harto trastornado para hablar.

Por la noche, en mi casa, solo, me miré largo rato en el espejo; mucho rato. Y acabé por recordar lo que había sido; por volver á ver en mi pensamiento mi bigote y mi pelo negro y las facciones juveniles de mi cara y comprendí que ya era viejo.
Adiós.

CAPITULA ALFONSI IN

ARABICA UNIVERSITATE

U. S. N. L.

TOMBOUCTOU

TOMBOUCTOU

El bulevar, ese río de vida, bullía bajo los rayos dorados del sol poniente. El cielo aparecía rojizo, deslumbrador, y detrás de la Magdalena un inmenso haz de rayos lanzaba en la larga avenida una oblicua lluvia de fuego, vibrante como un vapor de hoguera.

La multitud, alegre, palpitante, se movía bajo aquella niebla inflamada y parecía estar en un apoteosis. Las caras parecían doradas, los sombreros y los trajes negros tenían reflejos purpúreos, el barniz de las botas lanzaba llamas sobre el asfalto de las aceras.

Ante los cafés sorbían los consumidores bebidas brillantes que se dijera que eran piedras preciosas fundidas dentro el cristal.

Entre los demás consumidores había dos oficiales de gran uniforme que deslumbraban los ojos con sus galones dorados. Hablaban alegremente, embriagados por aquella plenitud de vida, por aquel glorioso crepúsculo; y miraban la muchedumbre, á los hombres que pasaban despacio y á las mujeres que andaban aprisa dejando en pos de sí un perfume agradable y excitante.

De pronto un negrazo vestido de negro, barrigudo, con el chaleco de piqué cargado de dijes, con la cara reluciente como si le hubiesen dado betún, pasó por delante de ellos con aire de triunfo. Reía contemplando á los paseantes, reía mirando el cielo, reía de todo, satisfecho de los demás y de sí mismo. Era tan alto que su cabeza sobresalía de todas las demás y los papanatas y chiquillos se volvían para mirarle de espaldas.

Pero de pronto vió á los dos oficiales y atropellando á los bebedores se fué en derechura hacia ellos. Cuando estuvo delante de su mesa, fijó en ellos sus ojos relucientes y encantados y los extremos de la boca le subieron hasta las orejas, descubriendo sus dientes blancos, claros como una media luna en un cielo negro. Los dos militares, asombrados, contemplaban aquel gigante de ébano, sin comprender el por qué de su alegría.

De pronto exclamó con una voz que hizo reír á cuantos la oyeron:

—Buenos días, mi teniente.

Uno de los oficiales era comandante, el otro coronel. El primero dijo:

—No le conozco á usted, caballero; ignoro en qué puedo servirle.

El negro replicó:

—Yo querido mucho ti, teniente Vedié, sitio Bezí; muchas uvas, buscalas yo.

El oficial, estupefacto, miraba fijamente á aquel hombre y de súbito exclamó:

—¿Tombouctou?

El negro, radiante, se golpeó el muslo y riendo de un modo formidable, vociferó:

—Sí, sí, ya; mi teniente reconoce Tombouctou; ya, buenos días.

El comandante le alargó la mano, riendo también de buena gana. Entonces Tombouctou se puso grave. Tomó la mano del oficial y con tanta rapidez que fué imposible evitar el movimiento, la besó como acostumbran los árabes y los negros. El militar, confuso, le dijo con acento severo:

—¡Ea, Tombouctou, que no estamos en Africal Siéntate y dime cómo te encuentras aquí.

Tombouctou se sentó y tartamudeando por la prisa que se daba en hablar, dijo:

—Ganado mucho dineo, mucho; gran estaurant; buena comida; prusianos, yo, robado mucho, mucho cocina fancesa; Tombouctou, cocineo Empeadó; doscientos mil fancos míos. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y se reía como un bendito, retorciéndose, apretándose los ijares, alborotando en el exceso de su regocijo.

Cuando el oficial, que comprendía su extraña charla, le hubo interrogado un rato, le dijo:

—Bueno, Tombouctou; hasta otro rato, ya nos veremos.

El negro se levantó, estrechó la mano que se le tendía, y sin cesar de reír, gritó:

—¡Buenos días, buenos días, mi teniente!

Y se marchó, tan contento, que gesticulaba y manoteaba andando, de modo que le tomaban por un loco.

El coronel preguntó:

—¿Quién es este barbarote?

—Un buen muchacho y un buen soldado. Voy á contarle lo que sé de él; tiene gracia.



Ya sabe usted que al principiar la guerra quedé bloqueado en Bézières, que este negro llama Bezi. Sólo estábamos bloqueados, no sitiados. Las líneas prusianas nos rodeaban por todas partes, fuera del alcance de los cañones. No disparaban contra nosotros; pero nos dejaban sin víveres.

Era entonces teniente. Nuestra guarnición estaba formada por tropas de todas clases, fugitivós, merodeadores separados de sus cuerpos, pelotones de diversos regimientos. Hasta una noche aparecieron once *turcós*, que no sé de dónde venían ni cómo pudieron llegar. Se habían presentado á las puertas de la plaza, rendidos de fatiga, desarrapados, hambrientos y borrachos. Formaron en mi compañía.

Pronto reconocí que eran rebeldes á toda disciplina; siempre se escapaban; siempre estaban borra-

chos. Les arrestaba, les echaba al calabozo; en vano. Desaparecían durante días enteros, como si les hubiese tragado la tierra, luego volvían borrachos como una cuba. No tenían dinero. ¿Dónde bebían? ¿Y cómo y qué?

Aquello me extrañaba, con tanto mayor motivo cuanto que aquellos salvajes me interesaban con su risa eterna y su carácter de muchachos traviesos.

Un día me fijé en que obedecían ciegamente al más alto de ellos, el que acaba usted de ver. Les mandaba á su antojo y preparaba sus misteriosas expediciones como jefe todopoderoso é incontestado. Le hice venir á mi habitación y le interrogué. Nuestra conversación duró tres horas, pues me costaba entender su enrevesada charla. En cuanto á él, pobre diablo, hacía esfuerzos inauditos para ser comprendido, inventaba palabras, gesticulaba, sudaba de angustia, se secaba la frente, se detenía y volvía á empezar cuando creía haber encontrado un nuevo medio de explicarse.

Adiviné, por fin, que era hijo de un gran jefe, de una especie de rey negro de las cercanías de Tombouctou. Le pregunté su nombre. Me dijo algo así: Chavaharibuhalikhanafotapolara. Me pareció más sencillo darle el nombre de su país: «Tombouctou.»

Y ocho días después toda la guarnición le llamaba así.

Pero no podíamos averiguar de dónde aquel príncipe africano sacaba la bebida. Lo descubrí de un modo bien raro.

Estaba una mañana en las murallas, escrutando el horizonte, cuando advertí en una viña algo que se movía. Se acercaba la vendimia, las uvas estaban maduras; pero no pensaba en ello. Pensé que un espía se acercaba á la ciudad y organicé una expedición para cazarle. Yo mismo tomé el mando de ella, previo permiso del general.

Había hecho salir por tres puertas distintas sendos destacamentos que debían reunirse en torno de la viña en cuestión. Para cortar la retirada al espía, uno de los destacamentos debía hacer una marcha de una hora por lo menos. Un soldado que estaba en observación en las murallas, me indicó por una señal que el individuo sospechoso continuaba en la viña. Andábamos sin ruido, arrastrándonos, con mil precauciones. Llegamos, al cabo, al punto deseado, despliego á mis soldados que se precipitan dentro de la viña... y encuentran... á Tombouctou andando á gatas entre las cepas y comiendo uvas, ó para explicarlo mejor, zampándose las como un

perro, arrancándolas con la boca de la mismá planta.

Quise hacerle levantar: imposible. Comprendí por qué andaba á gatas. Cuando le pusieron en pie, se bamboleó un momento y cayó de bruces. Estaba borracho de un modo atroz.

Se lo llevaron en una especie de parihuelas hechas con ramas, y no cesó de reir en todo el camino, moviendo brazos y piernas.

Allí estaba todo el misterio. Los barbarotes bebían en la misma cepa. Luego, cuando estaban borrachos del todo, dormían la mona.

Tombouctou se pasaba la vida en las viñas como los zorzales á los que aborrecía de todo corazón, con odio de rival celoso. Repetía sin cesar:

—Zorzales comido todas uvas. ¡Canallas!

*
*
*

Una tarde vinieron á buscarme los soldados. En la llanura se veía algo que avanzaba hacia nosotros. Como no tenía los gemelos, me era difícil saber qué era aquello. Hubiérase dicho una serpiente enorme, un convoy ¡qué sé yo!

Envié algunos soldados al encuentro de aquella caravana que pronto hizo su entrada triunfal. Tombouctou y nueve de sus compañeros traían sobre una especie de altar hecho con sillas de campaña, ocho cabezas cercenadas, sangrientas, horribles. Otro *turco* tiraba de un caballo, á la cola del cual habían atado otro, y seis caballos más seguían de igual modo.

He aquí lo que supe: Cuando iban á las viñas, los africanos vieron un destacamento de prusianos

que se acercaban á la aldea. En vez de huir, se ocultaron; luego, cuando los oficiales hubieron desmontado en un mesón para refrescar, los once negros se precipitaron contra los uhlanos, que huyeron; mataron á los dos centinelas, al coronel y á los cinco oficiales de su escolta.

Aquel día abracé á Tombouctou. Pero noté que andaba con dificultad. Pensé que estaba herido. Se echó á reir y dijo:

—Yo provisiones para país.

Es que Tombouctou no se batía por el honor, sino por el provecho. Todo lo que encontraba, cuanto le parecía de algún valor, todo lo que brillaba, lo hundía en su bolsillo. ¡Qué bolsillo! Un abismo que empezaba en la cadera y terminaba en el tobillo. Recordando un término de cuartel, le llamaba su «profundo», y era profundo, en efecto.

Había, pues, arrancado todo el oro del uniforme de los prusianos, el cobre de los cascos, los botones, y todo lo metió en el bolsillo, que rebosaba.

Todos los días sumía en aquel pozo cualquier objeto reluciente que estuviese al alcance de las manos, y llenaba de tal modo el «profundo» que hacía una facha estrafalaria.

Pensaba llevar todo aquello al país de los aves-

truces, de los cuales aquel hijo de rey parecía hermano según la tentación que le inspiraban los objetos brillantes. De no tener los bolsillos ¿dónde los metiera? Probablemente se los tragara.

Todas las mañanas tenía vacío el bolsillo. Poseía, pues, un depósito general. ¿Dónde? No llegué á averiguarlo.

El general, avisado de la hazaña de Tombouctou, mandó enterrar los cuerpos que quedaran en la aldea, á fin de que no se supiese que habían sido descabezados. Los prusianos volvieron al día siguiente, y el alcalde y siete contribuyentes importantes fueron fusilados acto seguido en represalias, por haber denunciado la presencia de los alemanes.

Vino el invierno. Estábamos cansados y fatigados. Ahora nos batíamos todos los días. Los soldados, hambrientos, no podían con su alma. Tan sólo los ocho *turcós* (tres habían muerto) estaban gordos, lucios, vigorosos y dispuestos siempre á batirse. Tombouctou engordaba. Un día me dijo:

—Tú mucha hambre; yo buena carne.

Me trajo, en efecto, un excelente filete. ¿De qué? No teníamos bueyes, ni carneros, ni cabras, ni asnos, ni cerdos. Era imposible procurarse caballo. Pensé en todo ello después de comer la carne, y tuve un pensamiento horrible. ¡Aquellos negros habían nacido cerca del país donde se come á los hombres! ¡Y caían tantos soldados cada día en los

alrededores de la ciudad! Interrogué á Tombouctou; no quiso contestar. No insistí; pero de allí en adelante rehusé sus presentes.

Me adoraba. Una noche nos sorprendió una nevada en las avanzadas. Estábamos sentados en el suelo. Miraba con lástima cómo tiritaban los pobres negros. Como tenía mucho frío, tosí. Sentí en seguida caer sobre mis hombros un gran capote. Era la capa de Tombouctou, que el buen negro me echaba sobre los hombros.

Me levanté y le devolví el capote:

—Guárdalo, muchacho; te hace más falta que á mí.

Me contestó:

—No, mi teniente; tuyo, tuyo; yo no necesitar; caló, caló.

Y me miraba suplicante.

Repliqué:

—Ea, obedece; guarda tu capa; lo quiero.

Entonces se levantó, sacó el sable, que cortaba como una navaja, y sosteniendo con la otra mano el capote que rehusaba:

—Si no tomas capote, lo corto; nadie capote.

Lo hubiese hecho; cedí.

* * *

Ocho días después habíamos capitulado. Algunos pudieron huir. Los demás íbamos á salir de la ciudad y rendirnos á los vencedores.

Me dirigía á la plaza de Armas, donde debíamos reunirnos, cuando quedé asombrado ante un negro gigantesco, vestido de dril blanco y con sombrero de paja. Era Tombouctou. Parecía radiante y se paseaba con las manos en los bolsillos delante de una tiendecita donde se veía una muestra con dos platos y dos copas.

Le dije:

—¿Qué diablos haces?

El contestó:

—Yo no padecido; buen cocinero; yo hecho comida comandante Agel; yo comido pusianos; robado mucho, mucho.

El termómetro marcaba diez grados bajo cero. Tiritaba delante de aquel negro vestido de dril. Entonces, cogiéndome por el brazo, me hizo entrar. Vi un létrero enorme que iba á poner encima de la puerta tan pronto como nosotros nos marcháramos, porque aun conservaba cierto pudor.

Y leí, escrito por la mano de algún cómplice, este llamamiento:

COCINA MILITAR DEL SEÑOR TOMBOUCTOU

ANTIGUO COCINERO DE S. M. EL EMPERADOR

Artista de París.—Precios económicos.

A pesar de mi rabia y mi tristeza, no pude por menos de reirme y dejé al negro entregado á su nuevo comercio.

¿No valía mucho más dejarle que hacerle ir prisionero?

Ya ve usted que el chico ha tenido suerte.

Bézières pertenece ahora á los alemanes. La fonda Tombouctou es un principio de desquite.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
CALLE DE LA FLORES, 100
MEXICO, D.F.